

# BELLUM CANTABRICUM

JOSÉ MANUEL APARICIO

# BELLUM CANTABRICUM

Cantabria se enfrenta a Roma



Consulte nuestra página web: <https://www.edhasa.es>  
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Estudio Calderón

© Mapa e ilustraciones de Loli Fernández Lázaro  
Dibujos incluidos en mapa © flaticon (Frepik, Dreamstale)

Primera edición: marzo de 2020



© José Manuel Aparicio, 2020  
© de la presente edición: Edhasa, 2020  
Diputación, 262, 2.º1.ª  
08007 Barcelona  
Tel. 93 494 97 20  
España  
E-mail: [info@edhasa.es](mailto:info@edhasa.es)

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra o entre en la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com).

ISBN: 978-84-350-6361-6

Impreso en Liberdúplex

Depósito legal: B 5128-2020

Impreso en España

Dedico esta novela a mi padre, fallecido durante su creación.

A ti, que me regalabas las novelas de Julio Verne.

A mi madre, mujer de espíritu creativo, de quien he heredado la capacidad de imaginar.

Esta historia se basa en hechos y personajes reales, entrelazados con otros ficticios.

*Cantabrum indoctum iuga ferre nostra.*  
(... el cántabro, no enseñado a llevar nuestro yugo...)

Horacio (65-8. a. C.)  
*Carmina*, II, 6, 1-2

*La República no es nada,*  
*es solo un nombre sin cuerpo ni figura.*

Gayo Julio César (100-44. a. C.)

# ÍNDICE

Introducción . . . . .	15
Mapa de los escenarios principales. . . . .	17
I - Desobediencia. . . . .	19
II - Aracillum . . . . .	31
III - Turennia. . . . .	49
III - Nuberu . . . . .	73
V - Asamblea . . . . .	97
VI - Recompensa. . . . .	117
VII - <i>Decimatio</i> . . . . .	133
VIII - Confesión . . . . .	163
VIII - Anuncio . . . . .	189
X - Destacamento . . . . .	209
XI - Desembarco . . . . .	237
XII - Cantabra . . . . .	273
XIII - <i>Oppugnatio</i> . . . . .	295
XIII - Reclutamiento. . . . .	315
XV - <i>Expugnatio</i> . . . . .	337
XVI - <i>Exterminatio</i> . . . . .	353
XVII - Salvaje . . . . .	359
XVIII - Vaelico. . . . .	369
XIX - Perímetro . . . . .	389
XX - Manada . . . . .	407
XXI - Nave . . . . .	417
XXII - Infamia . . . . .	445

Nota del autor . . . . .	459
<i>Dramatis personae</i> . . . . .	465
Glosario geográfico . . . . .	469
Bibliografía . . . . .	471
Agradecimientos . . . . .	475



## INTRODUCCIÓN HISTÓRICA

A finales del siglo I a. C. la *res publica* romana ha sucumbido al creciente poder de Gayo Julio César Octaviano, hijo adoptivo y heredero de Julio César. Su dictadura militar disfrazada de democracia rige los destinos de Roma y las provincias mediante una política expansiva con la que quiere obtener nuevas tierras y tributos.

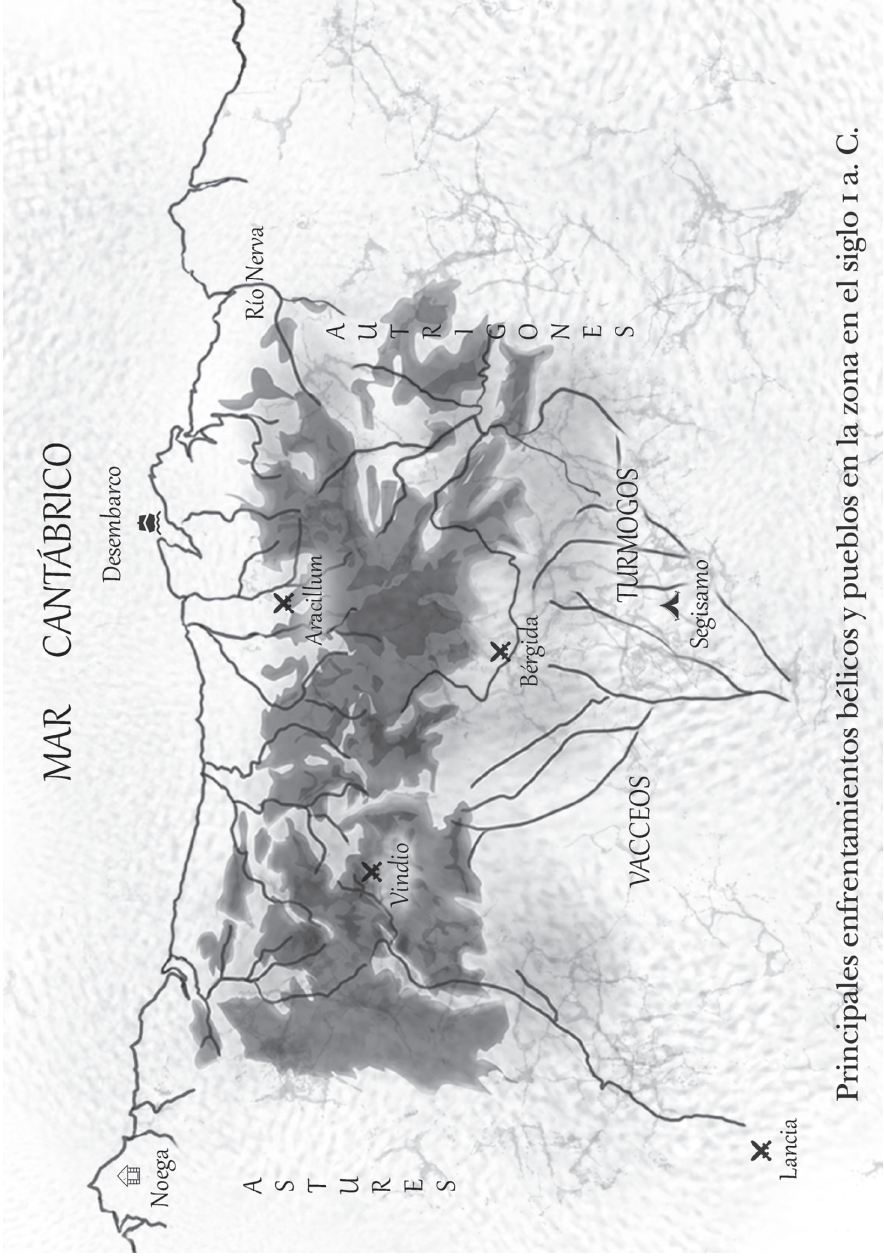
La conquista de la Península Ibérica había comenzado dos siglos antes. Sin embargo, un último bastión se opone a la dominación romana en el norte: los pueblos montañoses aún no han sido subyugados. Astures y cántabros se enfrentan a los ejércitos republicanos con singular determinación.

El eco de su resistencia llega nítido hasta Roma. No es solo una revuelta, es ya una guerra. El nuevo César necesita ganar prestigio y afianzar su poder como cabeza indiscutible del Estado romano. Para lograrlo, debe hacer olvidar a sus ciudadanos las recientes guerras civiles contra Marco Antonio y los asesinos de Julio César y obtener una gran victoria militar contra un enemigo extranjero. La oposición de Cantabria y Asturias representa la mejor oportunidad. Las causas esgrimidas para declarar oficialmente el conflicto son sus continuas incursiones expansionistas en las fértiles tierras de vacceos, turmogos y autrigones, pueblos vasallos de Roma. La ocupación requiere ingentes recursos económicos que el César no duda en financiar de su propio erario. El resto se lo proporcionarán Cantabria y Asturias (en la novela «Asturia», por su nombre en las fuentes). Su suelo es rico en hierro, plomo y oro.

La operación militar es tremendamente complicada. A las dificultades geográficas se añade la reputación bélica de ambas naciones: astures y cántabros son considerados dos de los pueblos más fuertes de Hispania. Pero Roma las conoce bien. Ha estudiado cuidadosamente durante años sus difíciles regiones. Augusto y su Estado Mayor planifican de forma meticulosa la invasión recurriendo a toda la documentación disponible. Revisan los itinerarios confeccionados por los geógrafos, estudian los informes de los administradores e infiltran militares para explorar las comarcas montañosas, sus costas, sus cordales, su población... Fraccionan el terreno y evalúan las mejores vías de penetración hacia el litoral. Será necesario movilizar al menos tres legiones en el frente astur y otras tres en el cántabro, junto a sus auxiliares. Cerca de cincuenta mil hombres. Una cifra extraordinaria. Ni siquiera Julio César necesitó tantos soldados para iniciar la pacificación de un territorio mucho más extenso como la Galia.

Roma está preparada para lanzar la gran ofensiva. Cuenta con un ejército homogéneo y muy agresivo formado en su mayor parte por veteranos, soldados curtidos, disciplinados, con un arraigado sentido de la patria que lo hace aún más temible. Se disponen para una contienda en el terreno, un enfrentamiento basado en el control paulatino de las alturas. Tomarán un poblado tras otro, una aldea tras otra, maniobras rápidas o asedios más pausados en función del enemigo. Hostigarán hasta la rendición o la aniquilación.

En el año 27 a. C., con el título de Augusto concedido por el Senado, el César manda abrir las puertas del templo de Jano en señal de guerra. Él mismo se pone al frente de las legiones y viaja a la Península Ibérica para dirigir personalmente la campaña definitiva contra los últimos pueblos libres de Hispania. Y los cántabros son los más belicosos entre ellos.



Principales enfrentamientos bélicos y pueblos en la zona en el siglo I a. C.

# I

## DESOBEDIENCIA

CAMPAMENTO ROMANO PRINCIPAL,  
FRENTE A LA CIUDAD FORTIFICADA DE BÉRGIDA.

26 a. C.

Arde Bérgida.

Los restos del poderoso enclave se queman en el ocaso como una pira monstruosa. Ruge el incendio sobre el cerro, ocupado ahora por llamaradas que escupen chispas coléricas hacia el firmamento. Frente a la ciudad del drama se alza otra vasta colina protegida por la empalizada y los fosos que rodean el gigantesco campamento para tres legiones. Gime el viento al soplar el humo negro, saturado con el olor de la madera, los animales y los humanos consumidos por la quema. La devastación es absoluta. Entre la ladera sur de la ciudad y el campamento se extiende un vallejo y el llano donde nativos y romanos acaban de enfrentarse. La luz de la luna va cubriendo con su túnica los pliegues grotescos de los cadáveres, y los cuervos, que no pueden resistirse a semejante festín, oliéndose la carnicería, aplazan su vuelta a los dormideros, limpian sus picos y caen sobre las partes blandas tiznando la atmósfera con su coro de chasqueos y graznidos. Es el eco ruin de la gran tragedia cántabra.

Los romanos retiran las innumerables balistas y escorpiones ligeros que han facilitado el asalto y destrucción final de la plaza tras el choque de tropas. Parte de la muralla y el baluarte que defendían la puerta sur han sido arruinados.

Bérgida no era un poblado, tampoco un núcleo menor. Bérgida era una ciudad primordial para la defensa de la frontera meridional de los cántabros, y las legiones de Augusto la habían arrasado. Ni sus terraplenes en las faldas, ni sus parapetos, ni sus estacadas, ni sus líneas de fosos, sus esviajes o sus torres de flanco, ni siquiera sus potentes muros habían logrado detener la descomunal fuerza de asedio invasora.

Roma había ofrecido su amistad antes de emplear la fuerza. Los montañeses no quisieron pactar. Tampoco los romanos buscaban en realidad otra cosa que la rendición sin condiciones o la toma del enclave al asalto. No quedaba sino matarse.

El Estado Mayor de Augusto planteó primero batalla cuerpo a cuerpo fuera de la ciudad, el terreno más ventajoso para ellos. Una vez derrotado el enemigo, iniciaría un ataque a gran escala con artillería para garantizar la caída total del núcleo. Cantabria, bajo el mando de sus estrategos, logró oponer cerca de diez mil hombres venidos de todo el territorio a un ejército que casi los doblaba en número, buena parte agricultores y ganaderos que solo empuñaban las armas en caso de guerra.

Fue un combate memorable que se alargó durante horas. La coalición indígena soportó las descargas iniciales de flechería y buscó ganar rápida ventaja empleando infantería de línea con grandes escudos para intentar quebrar el frente de la fuerza principal romana. Percutieron a las legiones hasta el extremo, en un contacto cuerpo a cuerpo casi continuado; pero el ejército romano, una máquina de hacer trizas, soportó el envite y la intensidad cántabra se desgastó progresivamente.

Enemigos de rendirse, una acción desesperada de la caballería montañesa para desarbolar los costados de las cerradas formaciones romanas les permitió vivir el espejismo de la victoria. Las élites ecuestres lo dieron todo. Por un momento, Bérgida se vio vencedora. La gran ciudad apretaba los dientes desde sus murallas, invocando a los dioses para que los ayudaran a batir al colosal adversario. Quedaría en el recuerdo de la gloria de las ba-

tallas la carga de los escuadrones de caballería cántabra con los jinetes sobre las grupas y los infantes ligeros que los acompañaban agarrados a las crines de los caballos, corriendo parejos con ellos.

Silencio en el cerro indígena. La espeluznante visión de las cohortes romanas pivotando en cuadros terminó por aplastar sus esperanzas. Hileras de soldados se movían como uno solo, escolrándose, apoyados por su propia caballería para ayudarlos a girar con orden y situarse frente al enemigo. La flexibilidad de las tácticas romanas se impuso.

Cantabria combatió hasta la extenuación. Muchos jefes murieron aquel día. Los que quedaban aún en pie se retiraron a su ciudad dispuestos a defenderla del ataque que habría de suponer su final. Fue una defensa mermada y traumática que no sirvió más que para entregar Bérvida a su destrucción.

Los supervivientes seguían entrando por la puerta pretoria, de cara al enemigo. Aquí y allá, montoneras de caetras, corazas y cascos; espadas, lanzas y hachas de doble hoja; estandartes rojizos como la sangre con símbolos equinos y esvásticas; crecientes lunares y ruedas solares... Eran los despojos de los derrotados. Las armas y las enseñas cántabras yacían pisoteadas como trapos sucios, fascinante botín para la moral romana. Muchos de los prisioneros llegaban con heridas punzantes, amputaciones y desgarrros, víctimas del ensañamiento legionario posterior al del propio combate, útil para masacrar la resistencia mental de los demás montañeses. Los romanos incluso destripaban a sus animales y se los mostraban con las entrañas abiertas, para profundizar aún más en su sufrimiento. Porque para Roma ya no había perdón posible.

No se salvaron ni los ancianos, que por débiles se convertían en macabro pasatiempo de unas legiones rabiosas por el durísimo combate.

En esto se entretenía una unidad de ocho legionarios borrachos de la segunda cohorte de la Primera legión, mientras veían entrar en parihuelas a sus compañeros con las carnes ensangrentadas y los huesos tronchados. Sin pensárselo, sacaron

de la columna de prisioneros a un hombre y su mujer y los arrastraron a varazos hasta un lugar entre las tiendas en el que desquitarse.

El viejo montañés, con el costado izquierdo perforado por una flecha que aún llevaba clavada, no sobreviviría. Tirado en el suelo, agarró el astil para intentar arrancársela. Emitió un aullido de dolor al notar cómo la punta del proyectil lo desgarraba por dentro. Quiso la mujer ayudarlo, pero la habían azotado con tal crueldad que apenas podía moverse.

–Tiene coraje la vieja –se mofó el legionario más bebido. Empinó el pellejo de vino aguado que sostenía en una mano y echó un trago sin apenas acertar a echar el caño dentro de la boca–. ¿Qué hacemos con ellos?

–Podemos cortarles las manos –sugirió uno.

–Eso ya lo hicimos la última vez. Mejor los ponemos en pie y que se peleen. Al que gane lo dejamos vivir.

–¿Que se peleen? ¿Tú has visto cómo están?

–¿Y si echan a suertes entre ellos a quién le cortamos la cabeza? –opinó un tercero.

El suboficial al mando del pelotón, fruncía la barbilla como si ideara algún juego. Se metió en la boca un mendrugo de pan y masticó con vulgaridad de soldado, en apariencia sin escuchar al resto, casi despreciando la absurda simpleza de sus propuestas.

–Busquemos a alguien que los acabe de matar –dijo con la boca llena.

–¿Qué alguien? Nosotros nos bastamos.

–He dicho que no. Busquemos a alguno para que nos entretenga.

Requirió el pellejo, bebió y se limpió la boca con el brazo. Lo devolvió y se dio la vuelta para buscar con la vista entre la muchedumbre de auxiliares hispanos que descansaban un poco más allá, sentados junto a sus escudos oblongos y sus pequeñas cae-tras. Se fijó en un destacamento de autrigones, pueblo fronterizo con Cantabria, guerreros al servicio de Roma reclutados de manera forzosa.

–Traed a uno de esos –decidió–. Ya que debemos compartir el campamento con ellos, que nos diviertan un poco...

Dos de los soldados marcharon entre eructos atronadores y chistes soeces. Hablaron con gestos imperiosos al capitán de la compañía autrigona para hacerse comprender mejor y regresaron con uno de sus hombres, perteneciente a una unidad auxiliar de infantería ligera adscrita a la Primera legión. El suboficial lo miró de arriba abajo y apuntó una sonrisa maliciosa. El auxiliar hispano era un veterano como él al que le asomaban algunas puntas de barba blanquecina. Se protegía el torso con un peto de piel gruesa. A la cintura, un cuchillo curvo pendiente del tahalí que le cruzaba el pecho, espada corta envainada en una sencilla funda de cuero y metal. Sobre la espalda, sago negro hasta medio muslo. La capa pendía abrochada al hombro derecho con una fíbula de bronce en forma de anillo.

–¿Con tanto joven como hay me habéis traído a este?

–Los veteranos están tan hartos como nosotros. Seguro que nos entretiene.

–Vamos a comprobarlo... –Arrojó el mendrugo a los pies del hispano–. ¿Cómo te llamas?

–Sekeios –contestó el aludido tras un momento de duda.

–¿Se... qué? Por los dioses que tenéis nombres impronunciables. ¿Sabes para qué estás aquí?

Esta vez el tal Sekeios no respondió.

–No entiende lo que le dices –intervino uno.

–Entiende más de lo que parece... –El romano se encaró con el autrigón y señaló a los dos viejos–. Verás, autrigón, dicen que los montañeses prefieren morir antes que ser esclavos. Lo que queremos es que te asegures de que estos dos cumplen con su tradición.

Sekeios, acostumbrado a recibir los órdenes en su propia lengua, solo captó algunos vocablos, pero fue suficiente para interpretar la idea. El romano le puso un dedo renegrado en el hombro con el ánimo de amedrentarlo y el hispano dio un paso atrás para evitar que lo tocara.

–¡Vaya con el autrigón! –se burló el legionario, y su cara adquirió un matiz severo–. Escúchame bien, no te conviene po-



nerter bravo conmigo. Esta gentuza lleva años saqueando vuestras tierras y ahora te doy la oportunidad de devolverles el golpe.

–Te digo que no te entiende –insistió el otro.

–Pues si no me entiende se lo explicaré de otra forma. –El romano se alejó con su puñal en la mano y se acuclilló junto al viejo. Le movió la cabeza, dejó al descubierto su cuello y fingió cortárselo con movimientos cortos y rápidos–. Ris-ras, es muy sencillo, ¿lo ves?

El suboficial hizo una mueca guasona al suponer que ahora sí lo comprendía. Estaba en lo cierto. Sekeios extrajo lentamente su espada de la funda, un arma de doble filo en cuya hoja relucían ronchones resacos de sangre que no había limpiado bien. Echó un vistazo al montañés, que no dejaba de mirar a su mujer. Se arrodilló a su lado mientras el romano se apartaba, lo tomó de un brazo y lo volteó hacia sí. Pudo ver la laceración de la flecha abierta entre las costillas. Había alcanzado el pulmón. El autrigón adelantó su espada, pero no se decidió, esperando quizá que la muerte por desangramiento le llegara antes a aquel hombre para evitarle la tortura. Advirtió entonces que el moribundo lo contemplaba con un rescoldo de entereza en las pupilas. Emergía de ellas el furor de una bestia salvaje, aquel que daba fama de imbatibles a los cántabros.

–Tú, autrigón –le susurró–, tú que vives en las mismas montañas que nosotros, avergüénzate de luchar para los romanos.

Fue apenas un silabeo mortecino en una lengua céltica similar a la suya. Sekeios se enderezó un poco, en tensión por las palabras inesperadas del prisionero. El viejo mantenía intacto el orgullo y el convencimiento de la resistencia de su pueblo. Romano no doblegaría su espíritu ni a fuerza de tormentos.

Los romanos oyeron a su espalda el chirrido de unas ratas que merodeaban en el umbral de las hogueras del campamento. Los dientes largos y blancuzcos destacaban entre las sombras, paladeando el inminente sabor de la muerte.

–¡Tú, espabilate o se te muere!

Como el hispano no reaccionaba, el suboficial levantó la mano con los dedos bien abiertos y la dejó caer a plomo sobre

la nuca. El manotazo restalló en la cabeza de Sekeios. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Se incorporó con agresividad animal, evidenciando la ebriedad de los otros, que reaccionaron con poco más que un intercambio de miradas. Sekeios contuvo la tentación de devolver el golpe. El ritmo de su respiración se había acentuado; su puño se apretó en torno al mango de la espada. Se irguió el romano para imponer respeto.

–Vamos, sé amable con nosotros. ¿Tanto te importa la vida de unos sucios bandidos?

–Este perro autrigón no es más que un rebelde. Habría que desollarlo vivo –exclamó uno de los legionarios.

–¡Acabemos también con él!

–¡Eso es! –voceaban los soldados, cegados por la bebida, sin darse cuenta de que su agitación llamaba la atención más allá, donde otros legionarios, oficiales y suboficiales abrían un rápido y respetuoso pasillo cediendo el paso a la silueta marcial que emergía entre ellos.

Se aproximaba hacia a los alborotadores, la capa escarlata oscilando con decisión. El jefe del pelotón, sin percatarse de su llegada, empujó a Sekeios a un lado y sacó su gladio.

–Aparta, lo haré yo mismo y luego lo seguirás tú.

Se disponía a atravesar el cuello del cántabro cuando el autrigón lo aferró de la muñeca para impedirlo. Las cejas del romano se elevaron.

–¿¡Cómo te atreves?! –aulló–. ¡Estás muerto!

–¡Soldado!

Al suboficial se le encogieron hasta los huesos al reconocer la voz intimidatoria que lo reclamaba. Se zafó de Sekeios bruscamente y corrió a cuadrarse con sus compañeros, erguidos ya con tal pulcritud castrense que ni en una revista ante Augusto se hubieran estirado tanto.

Sekeios se volvió muy despacio para descubrir la identidad del militar. Algunos soldados que salían y entraban de sus tiendas, con sus forcas y jabalinas al hombro, se petrificaron como si acabaran de ver al mismísimo Júpiter. Hasta las bocas de los capitanes autrigones, que discutían a lo lejos acerca de si debían

intervenir en la reyerta, se cerraron de golpe. Mejor callar y que su paisano se las arreglara.

Gayo Antistio Veto, gobernador de la provincia Tarraconesa y general al mando del frente cántabro junto a Augusto, echó un vistazo indiferente a sus hombres. Se detuvo junto a los montañeses y miró al autrigón, las manos a la espalda bajo la capa militar, muy visible la empuñadura de marfil de su espada. Había un punto de natural suficiencia en el proceder del romano, en su forma disciplinada de moverse.

Los ocho legionarios, que habían perdido el color, trataban de alinear en el gobernador sus ojos zumbados de borrachos.

Gayo Antistio Veto se pasó dos dedos por el puente de su soberbia nariz, un montículo en medio de una faz cuadrada y sólida como una roca. Repasó los uniformes de batalla de los soldados, las lorigas anilladas y los petos de cuero reforzados con escamas de bronce. Algunas anillas y placas se habían perdido en la dureza del combate. Olfateó el hedor a vino que desprendían sus hombres.

–No me importa lo que hagáis con estos cántabros si os sirve de desahogo –dijo–. Lo que sí me importa es que vuestra bulla se alargue. El *princeps* ha vuelto a enfermar y no quiere que nada lo irrite.

Veto hablaba sin necesidad de exasperarse, con una calma que lo hacía sonar aún más amenazador.

–Nada haríamos que molestase a nuestro *princeps* –se disculpó el suboficial.

–¿Y qué hace este autrigón aquí?

–Tiene que acabar con estos viejos, pero se niega.

–¿Se niega?

El gobernador tasó a Sekeios. Era un mercenario, individuos con frecuencia problemáticos y despreciados por las tropas regulares. Veto reparó en la piel de su puño, veteada de marcas y cicatrices de garras, habituales en los hombres que se dedicaban a la caza. Le habría parecido otro auxiliar cualquiera de no ser porque entre su barba y su cabellera castaña despuntaba una mirada desafiante. Había en él algo más que esa apariencia fría y poco expresiva propia de las gentes del norte peninsular. Ema-

naba un aire de serena intimidación, como un lobo observando el campo, distante y reflexivo. Sus ojos glaucos se mantenían fijos en los del gobernador.

–¿Sabes quién soy?

–Tú, gobernador.

Sekeios habló con su acento céltico en un latín muy pobre. Veto señaló a sus hombres.

–Esta banda de soldados borrachos son una vergüenza para mi ejército, pero estos soldados son Roma. Y, cuando Roma manda, solo cabe cumplir.

Sekeios tomó aire profundamente. Comprendía el tono imperativo. El gobernador sospechó que aquel sujeto sabía lo que se demandaba de él, pero el arma continuaba en su mano y no daba la impresión de estar dispuesto a finalizar la tarea.

–Veo que mis hombres no mentían –corroboró–. Tengo ante mí a un subordinado.

Se tomó su tiempo para ver si el hispano reconsideraba su actitud. Viendo que Sekeios permanecía inmóvil, los hombros subiendo y bajando al compás de la respiración, el gobernador, con mucha pausa, sin alardes, dejó caer una mano al costado, muy cerca de la empuñadura de su gladio. Intentó escudriñar en la mente del indígena el motivo por el que se negaba a obedecer, la razón por la que no lograban doblegar su voluntad.

–Sería más fácil para ti cumplir y evitarte problemas. Cualquiera otro ya lo hubiera hecho y estaría de vuelta con los suyos.

–Problemas no.

–Claro que no quieres problemas... –Un repentino destello de perspicacia iluminó el rostro del gobernador–. Pero algo me dice que preferirías usar tu espada contra mí... Es eso, ¿verdad?

Veto alzó el mentón para ofrecerle un blanco fácil en la yugular. Los soldados pestañeaban, incrédulos.

El autrigón suspiró desalentado y devolvió la espada a su funda.

–No, no eres tan estúpido... –Se sonrió el gobernador–. Veo en ti la sensatez por encima del odio.

–Marchar –pidió Sekeios.

—¿Quieres marcharte? Bien, podrás marcharte cuando cumplas.

Veto le conminó con un movimiento de la mano a que ejecutase a la mujer. El viejo acababa de fallecer y un par de ratas le mordisqueaban los labios. El rencor mantenía un hilo de vida en la anciana, que murmuraba plegarias con el brazo estirado hacia él, suplicando un último contacto con su cuerpo.

Sekeios apretó los dientes. Ponderaba. El único medio para evitar un estricto castigo era acatar la orden del gobernador. Debería de resultarle algo fácil tras la locura de Bérgida, en la que había cercenado no pocas vidas. Sekeios asesinaba porque en la guerra el instinto se imponía. Matar o morir, así de simple. Lo de aquella mujer indefensa era diferente.

Gayo Antistio Veto arrugó el entrecejo ante la vacilación de su inferior.

—¿A qué vienen tantos remilgos? La montañesa morirá de todos modos.

No mentía el gobernador. Sekeios solo tenía que darle el golpe de gracia, nada más. Pero un reparo incontrolable lo reprimía. No era la piedad, ni las palabras musitadas por el montañés acusándolo de combatir junto a los romanos, ni siquiera el bestial pescozón del legionario, que le había dejado un pitido sordo en los oídos. Lo que en verdad hacía arder la sangre en sus venas era la actitud represora, primero de los soldados y, sobre todo, del gobernador. Otros altos mandos se hubieran desentendido de la gresca o habrían terminado ellos mismos con los moribundos para no desperdiciar su tiempo con las estúpidas distracciones de la tropa. Veto vibraba de placer ejerciendo la tiranía con un insignificante auxiliar del que, en nada, ni recordaría su procedencia. Sekeios tomó plena conciencia de que no podía actuar por sí mismo, de su falta de libertad, la misma de la que habían carecido otros autrigones muertos aquel día por combatir en una guerra que les era ajena. Y él ya era un mercenario desgastado que había pasado toda su vida soportando órdenes, asumiendo como normales los tratamientos vejatorios de sus superiores, perdiendo la dignidad. Demasiadas veces.

La expresión de Sekeios se endureció. Fue entonces cuando Gayo Antistio Veto consiguió leer en el corazón y en el semblante retador del autrigón la auténtica causa de su titubeo.

–No eres un hombre libre para decidir –lo coaccionó–. Tu única función aquí es hacer cuanto se te diga, te guste o no, y cualquier cosa que hagas contraria a mis deseos no te la perdonaré ni en cien vidas.

La gravedad con la que había expresado su sentencia hubiera hecho temblar las rodillas de cualquiera de los oficiales bajo su mando. Pero Sekeios ya no iba a echarse atrás. Su negativa era irrevocable, sin importar las consecuencias, porque Gayo Antistio Veto lo castigaría igualmente por su desobediencia. Formuló su decisión en el vacío en llamas de sus ojos.

El mercenario echó una ojeada por detrás del gobernador en busca de alguna salida. Comprobó que había algunos legionarios y auxiliares de distintas naciones pendientes de ellos. No muchos. La presencia de Veto los atemorizaba. El gobernador no le concedió más tiempo.

–Se acabó la espera.

Veto se volvió para dar la orden de arrestarlo. El corazón de Sekeios batía con violencia bajo su pecho. Fue entonces cuando todo se precipitó de un modo imprevisible. Aprovechando que los romanos mantenían su atención en el hispano, la anciana, en un último arrebató de ira, logró incorporarse lo justo para abalanzarse con un quejido agónico sobre las piernas del legionario más borracho. Lo derribó con el peso de su cuerpo, le arrebató el *pugio* de la funda y le metió un palmo de hoja en el muslo. Gritó el soldado y se la quitó de encima de un empujón. Gayo Antistio Veto, creyendo al autrigón responsable del revuelo, rotó en un reflejo mecánico, desenvainó su gladio y le tiró una punzada. Sekeios esquivó la acometida con una finta, desenfundó su espada y devolvió la agresión. Chocaron los metales. Veto reculó un paso para contener la potencia del impacto.

La segunda ofensiva del autrigón trazó su destino: una cuchillada de abajo arriba, casi a ciegas, a la cara del gobernador. El romano apenas tuvo tiempo de gruñir y sentir que un trozo

de oreja se le desprendía como una rebanada. Era la derecha. Se palpó el destrozo, la boca abierta de pasmo. Sekeios se arrancó como un toro contra él y lo abatió con el hombro. No había tiempo para otra cosa que no fuera huir. Eso o una muerte segura. Orientó su carrera hacia la puerta principal del campamento. Una galopada, perderse en el trájín de soldados y escabullirse al amparo de la noche, deslizándose por las laderas de la colina. Los legionarios, todavía bebidos y presos del más absoluto desconcierto, no atinaban a sacar sus armas ni a correr con la debida agilidad tras el fugitivo. La que a ellos les faltaba le sobraba a Sekeios, que ya se desvanecía como una centella entre las sombras sin que casi nadie hubiera llegado a apreciar bien lo ocurrido.

La mujer aprovechó la confusión para clavarse el puñal del soldado en el pecho.

El gobernador de la Tarraconense cayó de rodillas. Se tocó lo que le quedaba de oreja, el calor denso de la sangre chorreándole por la patilla. No lograba encontrarse la parte superior.

—¡Traédmelo! —chilló—. ¡Traédmelo vivo!

La noticia del desastre brincó de boca en boca.

—¡Han herido al gobernador!

Gayo Antistio Veto soportaba el abrasador tajo con el estoicismo del muy curtido general que era. A sus pies, el trozo de cartílago curvado. Alzó la vista hacia el resplandor del incendio que enrojecía el cielo negro de Bérvida.

—Juro por Marte que cazaré a ese autrigón... —farfulló—. ¡Lo llevaré muerto a Roma como trofeo!